



Stephen A. Mitchell y el psicoanálisis rioplatense “clásico” (Bleger): algunas convergencias¹

Ariel Liberman²

Instituto de Psicoterapia Relacional, Madrid, España

En este trabajo se revisa el recorrido, que en parte ha sido personal, entre los psicoanalistas relacionales, especialmente la obra de Stephen A. Mitchell, y los psicoanalistas rioplatenses “clásicos” como José Bleger, aquellos pensadores que en la década de los 50’, 60’ y 70’ generaron en el psicoanálisis argentino y uruguayo una particular perspectiva conexas al pensamiento relacional.

Palabras clave: Mitchell, Bleger, Psicoanálisis rioplatense.

In this paper the –in part personal- pathway between Relational psychoanalysts –specially Stephen A. Mitchell work, and those of the ‘classical’ River Plate’ psychoanalyst such as José Bleger are reviewed. Implies a generation of thinkers along the 50’, 60’ y 70’ that developed in Argentinian and uruguayan Psychoanalysis a perspective linked with relational thinking.

Key Words: Mitchell, Bleger, River Plate’ Psychoanalysis.

English Title: Stephen A. Mitchell and ‘Classical’ River Plate’ Psychoanalysis (Bleger): Some convergences.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Liberman, A. (2014). Stephen A. Mitchell y el psicoanálisis rioplatense “clásico” (Bleger): algunas convergencias. *Clínica e Investigación Relacional*, 8 (1): 51-60. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

“We shall not cease from exploration
 And the end of all our exploring
 Will be to arrive where we started
 And know the place for the first time”
 (Little Gidding, part V, four quartets, Elliot)

Uno de los temas que propone este congreso es: “¿Son incompatibles la Teoría Pulsional con la Intersubjetividad?”. La pregunta, en su amplitud, abre muchas vías de abordaje. A nosotros nos gustaría recorrer el camino, que en parte ha sido personal, entre los psicoanalistas relacionales, especialmente la obra de Stephen A. Mitchell, y los psicoanalistas rioplatenses “clásicos”, aludiendo con esta adjetivación a aquellos pensadores que en la década de los 50’, 60’ y 70’ generaron en el psicoanálisis argentino y uruguayo una particular articulación del mismo.

Apoyándonos en la propuestas de Bruno Winograd (2002, p. 16) de clasificación de “grandes creadores” dentro del psicoanálisis, que él y nosotros sabemos esquemática aunque nos sirve como orientación, podríamos diferenciar: 1) psicoanalistas cuya obra posee una alta coherencia interna y pioneros –Klein, Lacan, Kohut, Ego Psychology; 2) psicoanalistas con una menor coherencia interna, que surgen apoyándose en el primer grupo pero realizando contribuciones absolutamente originales y que han permitido múltiples desarrollos a partir de sus ideas –léase Winnicott, Aulagnier, Bion, etc; y, por último, 3) aquellos psicoanalistas que han combinado diferentes léxicos en las construcción de sus esquemas. Aquí sitúa Winograd, entre otros, a psicoanalistas como Kernberg o Green y a los autores argentinos y uruguayos a los que solemos aludir como “rioplatenses” clásicos: Pichon-Rivière, Racker, los Baranger, Bleger, Liberman, etc.

Mi impresión es que Mitchell se encuentra entre estos últimos, es decir, entre aquellos psicoanalistas que han sabido pensar en las periferias de los pensamientos dominantes, siempre abriendo vías de cuestionamiento de la “verdades” recibidas.

O, tomando también una clasificación un tanto provocadora y esquemática que Willy Baranger y Jorge Mom (1984) realizan sobre las corrientes dominantes en el pensamiento latinoamericano, Mitchell y los psicoanalistas rioplatenses no son, como diferencian estos autores, por un lado, ni profetas ni guardianes de la ley y, por otro, tampoco forman parte de los expansionistas indiscriminados; o, tomando otra metáfora que usan en dicho trabajo, no son ni “fanáticos de la oferta” ni “fanáticos de la demanda” (1984, p. 606).

En el tema que nos ocupa pensamos que la confluencia es aún mayor.

Pulsión/intersubjetividad

Sabemos, por supuesto, que frente a este interrogante sobre la compatibilidad o incompatibilidad entre pulsión e intersubjetividad existen muchas respuestas y estas son siempre dependientes de cómo entendamos los términos que componen dicha pregunta.

Sabemos, además, que cuando la teoría pulsional entra en el debate de ideas el problema ya no es sólo de orden teórico sino que comienzan a ponerse en juego problemas de “identidades”, de “pertenencias”, de “legitimidades” o de “afiliaciones” o, lo que es lo mismo, de “exclusiones”, “anatemas” y otras variedades de estas prácticas más corriente de lo deseable que se sintetizan en la afirmación: “Eso –lo que tú piensas/haces- no es psicoanálisis”.

En las últimas décadas ha habido muchos esfuerzos por parte de grandes psicoanalistas orientados a reformular una teoría pulsional acorde con los tiempos. Como ejemplo de ello podemos tomar las propuestas de dos figuras destacadas de ámbitos geográficos diversos: Jean Laplanche, en Francia, para quién la intersubjetividad es condición de una pulsionalidad desbiologizada, o las propuestas de Otto Kernberg, en USA [no desconocemos su crianza y formación chilena], en dónde la teoría de los afectos y la experiencia temprana madre-infans sirve como base primaria para su reconsideración. Estas han sido diferentes estrategias que han tenido como meta principal preservar de alguna manera la “teoría pulsional” freudiana modificando sus fundamentos, incluso, como sostiene por ejemplo Greenberg (1991) en el caso de Kernberg, contradiciendo muchos de los postulados freudianos.

Todas estas revisiones y cuestionamientos, también el que realizará Mitchell, tienen su origen en los debates que sobre el “concepto de pulsión” y sobre la “metapsicología” fueron realizados en la post-segunda guerra mundial.

Mitchell proviene de una tradición de pensamiento, el psicoanálisis interpersonal, que desde muy temprano se opuso a las consideraciones metapsicológicas de lo que en esas áreas geográficas se denominaba “freudismo” por pensar, como lo dirá Habermas algunas décadas después, que la obra de Freud así como la de muchos de sus seguidores estaba atravesada por un “malentendido cientificista” (Habermas, 1968/1990, p. 215). Habermas entiende que “El psicoanálisis, de hecho une la hermenéutica a realizaciones que parecían genuinamente reservadas a las ciencias de la naturaleza”. O también, como señala Paul Ricoeur, “Los escritos de Freud se presentan, en primer lugar, como un discurso mixto, incluso ambiguo, que enuncia tanto conflictos de fuerza que evocan una energética como relaciones de sentido que evocan una hermenéutica” (1965, p. 75). Hermenéutica y energética van articuladas en su obra y en la de muchos psicoanalistas de formas complejas, híbrido que responde a exigencias diferentes: por un lado, la clínica, en dónde el trabajo sobre el sentido tiene un lugar privilegiado; por otro, la teoría (o la metapsicología) que, acorde a la exigencias científicas de la época de Freud,

busca y/o postula fundamentos energéticos y, por tanto, potencialmente cuantificables, como modo de legitimarse. Sentido y fuerza parecen pertenecer a ámbitos y tipos de exigencias muy diferentes.

Epistemología y pulsión según Bleger

Estas contradicciones fueron planteadas muy tempranamente en el ámbito rioplatense en la obra de José Bleger y, posteriormente, de Willy Baranger (en los Estados Unidos había otros psicoanalistas que iban en la misma línea también en esas épocas).

En la introducción de su libro de 1958 Bleger plantea la necesidad, para el psicoanálisis, de hacer de su articulación con la epistemología “un momento de la praxis psicoanalítica” (1958, p. 17). Esto último no significa para Bleger que el psicoanálisis se transforme en una filosofía sino que la reflexión epistemológica, es decir, aquella que examina el conocer, “está involucrada en el campo operacional de la investigación y de la terapéutica psicoanalítica” (Bleger, 1958, p. 19). No hay que salir afuera a buscarla sino que la encontramos adentro, operando a modo de supuestos. Esto es lo que lo lleva a trabajar sobre el *zeitgeist* en el que Freud lleva adelante su pensamiento, que posee un conjunto de supuestos tácitos, admitidos no reflexivamente, de categorías o a priori(s) conceptuales, como dice Bleger, que organizan el pensamiento en determinadas condiciones históricas y sociales. Él, siguiendo a Pichon-Rivière, los llama “esquemas referenciales”. Años más tarde Kuhn hablará de “paradigma” y Foucault de “episteme”, tratando cada uno a su modo de situar estos “a priori conceptuales”, históricos y disciplinares, que organizan, como dice Bleger, “la estructura íntima” de la teoría y con los que se describen los “hechos”.

Bleger piensa que la obra de Freud está atravesada por dos esquemas referenciales fundamentales: la física mecanicista y el evolucionismo. Por supuesto, no nos detendremos en ellos más que para situar, como lo hace Bleger primero y luego Willy Baranger (1967), lo que este último llama “el malestar en lo económico”, es decir, las dificultades que supuso para el desarrollo del psicoanálisis la necesidad de lidiar con este híbrido teórico o discurso mixto de sentido y fuerza. Baranger señala, “Surge el conflicto entre fidelidad y rigor: el progreso del psicoanálisis implica necesariamente la reformulación de ciertos conceptos de Freud y el abandono de otros. Es fidelidad a Freud hacer una y otra cosa cuando es necesario y con rigor” (1967/1993, p. 52).

Como dijimos antes, para Freud y su época lo científico era lo formulable cuantitativamente, es decir, lo susceptible de ser medido. Freud entendía la psicología dinámica como la capacidad de “derivar todos los procesos psíquicos del interjuego de fuerzas” (Bleger, 1958, p. 74). El término dinámica tiene dos usos habituales en psicoanálisis que, según

Bleger, es necesario diferenciar ya que se suelen confundir y no refieren al mismo tipo de problema. Por un lado, Freud habla de dinámica, en el sentido en que lo hemos dicho recién, para referirse al esfuerzo teórico de hacer derivar los procesos psíquicos del juego de fuerzas (energética) que este supone está en su origen –esta es la concepción que Bleger fundamentalmente discutirá. Por otro lado, se suele usar el término “dinámico/a” para señalar “el estudio de la conducta en su desarrollo, en su evolución” (1958, p. 111-112). Y hoy solemos vincular, cuando estudiamos la obra de Freud, la concepción dinámica con la idea de conflicto, lo que indudablemente tiene su base en un aspecto de su concepción del psiquismo, aunque solemos desprender este conflicto del juego de fuerzas literales que, según Freud, es su fundamento.

La crítica que hace Bleger de la dimensión dinámico-económica de la obra de Freud, apoyada en la obra de Politzer, está basada en la idea de que postular “pulsiones” como trasfondo de la actividad psíquica supone una abstracción que sustancializa una inferencia. Para Bleger, esta abstracción reside “en no partir del hombre concreto sino de una inferencia llevada a la categoría de *primun movens*, de entelequia” (Bleger, 1958, p. 78). Para él es necesario replantear el asunto de la pulsiones en la psicología y esto requiere de los analistas que traten de captar “la realidad concreta que ha sido asimilada, aprehendida, en la formulación animista e idealista” (1958, p. 79). Es decir, cuestionar esta pseudobiología pero tratando de despejar la realidad clínica concreta que se trata de articular en estos términos. Mitchell coincidirá plenamente con esta actitud (Mitchell, 1988).

Para Bleger, la idea de “fuerza” es una “antropomorfismo ‘de vuelta’” [*de retour*] (1958, p. 81), es decir, que la física (Newton) tomó la sensación subjetiva de fuerza muscular para hablar de una función matemática y nosotros reimplantamos esta “fuerza” en el interior de la persona. Como dice Bleger: “de *fuerza* función matemática pasó a *Fuerza* entelequia; de aquí a *impulso*, luego a *instinto* para terminar el proceso de mitologización progresiva en *Instinto*” (1958, p. 84). O sea: de fuerza con minúscula, es decir, descriptivo, a Fuerza con mayúscula, es decir, entelequia o cosa del mundo; y de instinto con minúscula, nuevamente descriptivo, a Instinto con mayúscula, es decir, *primun movens*: origen y explicación última de todo movimiento y actividad psíquica. Mitchell también tomará en su obra el camino de recuperar la fenomenología que contiene el modelo pulsional sin por ello defender su “doble ontológico”, como dice Bleger, su hipóstasis: la teoría de la pulsión.

Veamos brevemente otro señalamiento de Bleger que nos resulta enormemente sugerente y rico como modo de plantear este asunto. Hablando de la pulsiones³ y de la distinción que hace Freud en su estructura entre carga (que hoy traducimos por “esfuerzo”, *drang*⁴), fuente, fin y objeto. Para Bleger, este momento de la obra freudiana, fundamentalmente a partir de 1905, abre un doble camino. Dice: “por un lado, con el

reconocimiento que hace Freud del objeto como independiente del instinto⁵, rompe la concepción clásica de los instintos e *introduce la historia individual en lugar de la predeterminación innata del instinto*; pero, por otro lado, al reconocer una carga en el instinto, compromete seriamente el notable adelanto logrado y, aunque descubrió el camino fructífero del análisis de las relaciones objetales, Freud toma predominantemente el camino del análisis de las fuerzas, como elementos originarios” (Bleger, 1958, p. 56). Esta reflexión de Bleger nos interesa doblemente: por un lado, nos permite diferenciar la ruptura que realiza Freud en relación a la concepción popular de la sexualidad, reflejada en la noción tradicional de instinto, con lo cual, como él dice, el psicoanálisis deviene un enfoque histórico-individual, y, por otro lado, cómo Bleger ubica allí un fundamento posible del análisis de las relaciones objetales, es decir, una apertura a una concepción no lejana a los planteamientos de Fairbairn. O sea, que la contingencia del objeto que Freud plantea desde 1905 cuestiona la universalidad del objeto presupuesta en la idea de instinto tradicional pero no, según nosotros entendemos esta cita, la vinculación primaria al objeto. De todas las referencias que hemos leído sobre la contingencia del objeto en la estructura de la pulsión freudiana esta es la que nos resulta más atractiva y esclarecedora.

Del doble camino que abre la estructura de la pulsión, la jerarquización del objeto lleva a pensar a la persona como un sistema abierto mientras que la jerarquización de la carga, del enfoque económico, nos lleva directamente al psiquismo como sistema cerrado. Como bien afirma Baranger en su crítica de la perspectiva energética freudiana y del sistema cerrado que esta implica, “ni la emoción ni la acción pueden concebirse como descarga de tensiones” (1967/1993, p. 57). En esta línea, afirma, trabajamos sobre el significado de una emoción y/o acción y no sobre su aptitud para cargar y/o descargar lo que sea... Ellas son expresiones del mundo de relaciones objetales de la persona.

Mitchell y el psicoanálisis rioplatense: en las huellas de Fairbairn

Nuestra hipótesis es que Fairbairn⁶ es el antepasado común⁷ de las producciones del psicoanálisis rioplatense y del pensamiento de Mitchell, lo que hace –más allá de los reconocimientos explícitos que tenga este autor- a muchas de sus convergencias. La crítica que realiza Fairbairn de la teoría de la libido freudiana –su energética- así como su énfasis en la primacía del objeto en la comprensión/construcción de lo psíquico nos parecen centrales.

Mitchell, a diferencia de los autores rioplatenses –tal vez con la excepción de Bleger- sitúa a Fairbairn como una influencia clave en sus propuestas teóricas. A lo largo de los años va perfilando lo que será la hipótesis central de su lectura de Fairbairn: este autor no propone una contribución más a la concepción relacional de la mente sino que propone y/o sugiere un

“proyecto relacional radical” (Mitchell, 2000, p. 105). Por supuesto, Mitchell es consciente de que su lectura es también radical, que va a las raíces de lo que entiende era el proyecto central de Fairbairn.

En 1993, frente a las críticas que recibió de autores “clásicos” del psicoanálisis la publicación de su libro *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis* (1988), Mitchell afirma:

Porque no encuentran las pulsiones de Freud en mi perspectiva, Bachant y Richards sienten que he abandonado los conceptos motivacionales. Lo que ellos no comprenden es que considero la búsqueda de objeto, en el sentido de Fairbairn, o las tendencias integradoras interpersonales, en el sentido de Sullivan, como principios motivacionales supraordenados que son poderosamente activos. Yo también pienso que la gente busca placer, poder, ejercer una función, seguridad, y todo otro tipo de cosas. Pero pienso que es más útil, sin embargo, considerar estos motivos, aunque irreductibles, como modelados y estructurados en el contexto de una matriz relacional que provee un sentimiento del self en relación con los otros” (Mitchell, 1993, p. 463).

Es claro en esta cita que Mitchell no desconoce la variedad de motivos que pueden mover a alguien en su vida. Lo que le interesa, lo que le parece más útil en su comprensión teórico-clínica, es pensar que este conjunto de motivos que han jerarquizado diferentes psicoanalistas, lista que podríamos ampliar o reducir en función de las categorías que utilicemos, se estructuran y configuran, se forman, en el contexto de matrices relaciones que le dan su sentido.

Esto lo lleva a plantearse, no por primera vez pero sí de manera más clara, si comprendemos mejor el concepto de object-seeking como “drive” (pulsión) o como “ground” (fundamento, base) (Mitchell, 2000, p. 104). Esta parte de su reflexión, en uno de sus últimos trabajos sobre Fairbairn, está centrada en un debate con su amigo y co-autor, Jay Greenberg, quién, en su excelente libro *Oedipus and Beyond* (1991) polemiza con Mitchell sobre la lectura que este hace de Fairbairn y sobre el modelo relacional en general. Si bien la lectura que Greenberg hace de Fairbairn capta bien, según Mitchell, un aspecto de su obra (tal vez aquellos aspectos más ligados a los esquemas de referencia freudianos⁸) sigue presuponiendo una hipótesis fuerte que, para Mitchell, es altamente problemática: que es necesario el concepto de pulsión –en un sentido amplio esta vez- para pensar lo que el sujeto busca en el otro, y que el psicoanálisis relacional ha pretendido crear, afirma críticamente Greenberg, un “psicoanálisis libre de pulsiones” (Greenberg, 1991, p. 70).

En el debate sobre la necesidad o no de un concepto de “pulsión”⁹ (drive) que lleve al individuo a buscar la interacción, Mitchell insiste en que plantear la cuestión de esta manera, es decir, postulando una “pulsión” pre-existente –y por lo tanto pre-experiencial- a la relación

que lleva al sujeto a la interacción presupone –es decir, tiene como supuesto- que el “individuo *qua* individuo” es la unidad de estudio más apropiada. Esto lleva a retornar a la primera polémica con el modelo pulsional freudiano y, por tanto, a volver a la vieja y perenne división en las concepciones de las relaciones del hombre y la sociedad. Bleger (1973), por su lado, afirmará que tanto el mito del hombre aislado, como el del hombre abstracto así como la falsa antinomia entre individuo y sociedad, son modos en los que el pensamiento ha desmentido la condición social primaria de lo humano. No hay “estado natural” otro que su ser social. Incluso la biología contemporánea parte de este mismo supuesto. Por ello, para Mitchell, cualquier comprensión de la pulsión “entificada”, o como motor primario de lo psíquico a lo cual habría que remitir el conjunto de su actividad es, hoy, un anacronismo insostenible.

En la discusión con Greenberg sostiene Mitchell:

“Pienso que tanto Fairbairn como Sullivan (1953) trataron de establecer un modo de comprensión diferente de la naturaleza de los seres humanos como fundamentalmente social, no como *llevados* a la interacción, sino como *insertos* en una matriz interactiva con los otros como su estado natural” (2000, 105).

Mitchell no deja, pues, de mostrar y valorar el paso extraordinario que dio Fairbairn, en el sentido de lo que viene sosteniendo, al defender su idea de que el hombre –la libido decía él guardando la terminología freudiana- no busca placer (*object-pleasure*) sino que busca objetos (*object-seeking*). Según Mitchell, lo que a Fairbairn le interesaba no es situar una motivación discreta entre otras, como afirma Greenberg al sostener que Fairbairn termina en un monismo pulsional al postular la dependencia oral como motivo último de lo humano. Si bien Mitchell sabe que por momentos Fairbairn es poco claro y vago en varios de sus trabajos, a Mitchell no le cabe duda de que lo que intentó Fairbairn no fue establecer un pulsión más sino situar el fundamento de la vida psíquica, la condición de posibilidad de la misma. Fairbairn comprendió perfectamente, afirma Mitchell, que los seres humanos buscan placer y otros estados emocionales pero no es esto para él lo que está en discusión. Refiriéndose a Fairbairn afirma:

“Él está sugiriendo que Freud detuvo su investigación, su comprensión de la búsqueda de placer, demasiado rápido [...] Para Fairbairn [...] la búsqueda de placer, así como otros procesos dinámicos, ocurren en el contexto de la búsqueda de objeto, porque el placer es un medio poderoso para el establecimiento y mantenimiento de conexiones con los otros” (1988, p. 120).

Por ello, como estrategia conceptual, no le resulta sugerente detenerse en motivos o necesidades estipuladas *a priori*, según el marco de referencia que el autor posea, sino que prefiere (y sabe que es una elección justificada en su relevancia clínica y utilidad para él, y no algo “más verdadero”) partir de la relación con el/los otro(s), de este/os encuentros, como

pilares para la comprensión de los significados emocionales. La alternativa, partir de determinadas pulsiones definidas *a priori*, le parece seguir sosteniendo “el mito del hombre abstracto” como su estado natural, para retomar la expresión de Bleger y, por lo tanto, “aislado” del entorno social. Esta comprensión platónico-cartesiana es cuestionada desde una visión aristotélico-hegeliana del hombre como un *zoon politikon*.

REFERENCIAS

- Baranger, W. (1967). Polémicas actuales acerca del enfoque económico. En *Problemas del campo psicoanalítico*, 1993. Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
- Baranger, W. y Mom, J. (1984). Corrientes actuantes en el pensamiento psicoanalítico de América Latina. En la *Revista de Psicoanálisis*, Tomo III.
- Bleger, J. (1958). *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleger, J. (1973). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Paidós.
- Greenberg, J. (1991). *Oedipus and Beyond. A clinical theory*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Habermas, J. (1968). La crítica como unidad de conocimiento e interés. En *Conocimiento e interés*, 1990. Madrid: Taurus Humanidades.
- Mitchell, S. A. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis: An Integration*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mitchell, S. A., (2000). *Relationality: From attachment to intersubjectivity*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Ricoeur, P. (1965). *De l'interpretation. Essai sur Freud*. Paris: Seuil.
- Winograd, B. (2002). Psicoanálisis rioplatense. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis* N° 5.

Original recibido con fecha: 9-11-2013 Revisado: 27-2-2014 Aceptado para publicación: 28-2-2014

NOTAS

¹ Comunicación presentada en la IARPP XI Conference – Santiago de Chile, 8 de Noviembre 2013. Leída por Alejandro Ávila en representación del autor.

² Ariel Liberman es Psicoanalista, Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (IPA). Miembro titular del Instituto de Psicoterapia Relacional y de IARPP.

³ Como hemos visto Bleger, siguiendo la *Standard Edition*, suele usar impulso o instinto. Pero está claro, y más aún en lo que señalamos a continuación, que se refiere a *Trieb*. Actualizamos su terminología para que no genere aún más confusión aunque, seguramente, estos usos y traducciones podrían ser objeto de reflexión sobre cómo han generado cierto tipo de confusiones –no todas como a veces se pretende.

⁴ “Por esfuerzo {Drang} de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la

exigencia de trabajo que ella representa {*repräsentieren*}. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma” (Freud, 1915, p. 117).

⁵ “El objeto {Objekt} de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio. En el curso de los destinos vitales de la pulsión puede sufrir un número cualquiera de cambios de vía {*Wechseln*}; a este desplazamiento de la pulsión le corresponden los más significativos papeles” (Freud, 1915, p. 118).

⁶ “The unconscious determination of the patient to preserve his inner world as a closed system at all costs would appear to be the phenomenon on the basis of which Freud was led to formulate the concept of the pleasure principle as the primary determinant of behaviour. In my opinion, this formulation is a mistaken generalization from what is essentially a defensive phenomenon—one so highly defensive that it cannot be regarded as representing a primary principle of behaviour. There can be no doubt, as it seems to me, (a) that the pleasure principle can only operate within a closed system, (b) that the maintenance of inner reality as a closed system is essentially a psychopathological phenomenon, and (c) that, in so far as inner reality is maintained as a closed system, behaviour will be determined almost inevitably by the pleasure principle” (Fairbairn, 1958, p. 380).

⁷ Otro referente para pensar estas resonancias es la obra de Racker, muy presente en la formación de Stephen A. Mitchell.

⁸ Por ello el artículo de Mitchell se llama “Fairbairn’s object-seeking. Between Paradigms”.

⁹ Ya en un sentido amplio y no restringido a la teoría freudiana de las pulsiones.